

## Reseñas

**David Knight. *Voyaging in strange seas: the great revolution in science.***  
New Haven and London: Yale University Press; 2014, 344 p. ISBN 978-0300-17379-6. \$ 35,00.

El punto de vista historiográfico en el que se sitúa el autor, su selección de las fuentes y la elección de los temas a tratar constituyen siempre parte del gran dilema de quien escribe sobre la Revolución Científica y la ciencia moderna. Este es un riesgo que hay que correr. Puede salir bien o puede salir mal. Por estos tres motivos, y a pesar de que Yale University Press y David Knight conformen a priori un tándem reputado y atractivo, este es un libro del que el lector esperaría algo más. Sin desvalorizar sus virtudes, se trata de un libro muy ilustrativo y pedagógico, pero cuyo relato resulta cada día más difícil de aceptar, no así de leer, al menos para quien lo estudia desde la península ibérica. Con una prosa fluida y elegante, y con una erudición típica de su generación, David Knight recorre todos y cada uno de los tópicos que hace relativamente poco tiempo nos contaron de forma no menos elegante Steven Shapin (1998) y Peter Dear (2001), por mencionar dos de los más traducidos. Sin embargo, la escritura y la erudición ya no son suficientes, no cuando hablamos de la ciencia moderna. A pesar de sus tentativas y de su gran manejo de los tiempos del lector, Knight arroja poca luz sobre la heterogeneidad de problemas y abordajes que hoy invaden la historia de la ciencia moderna. A pesar de que es un libro muy apto para estudiantes y curiosos, lo cierto es que no sería del todo justo pensar que así fue, como anuncia el subtítulo de la obra, la gran revolución de la ciencia. Al menos, no sólo. Knight no es nuevo en esto, atesora una brillante y dilatada carrera en el campo de la historia de la ciencia. Ha contribuido al área con importantes trabajos sobre popularización de la ciencia. Por este motivo, esta es una reseña más sobre las carencias del libro que sobre sus virtudes. Se trata más de una crítica constructiva que de un elogio vacío.

Sin pretender hablar de «genios», el autor no hace otra cosa que sacarlos a escena. Y esto no es un error, es simplemente una elección. Si Shapin anunciaba en su *The scientific revolution* que no existía nada llamado Revolución Científica pero que sin embargo su estudio era un libro sobre ella, del mismo modo el libro

de Knight no quiere ser una historia ortodoxa de la ciencia moderna en clave genial, pero por momentos no es sino eso. *Voyaging in strange seas* es un libro sobre Bacon, Boyle, Descartes, Galileo, Hooke, Huygens, Kepler, Cook, Newton y la *Royal Society*, esto es, los considerados padres de la modernidad científica europea. Y esta historia es tan antigua como la propia construcción historiográfica a la que aludía Shapin al inicio de su libro. No quiere esto decir que carezca de veracidad. Después de leer el libro, el lector crítico tiene la sensación de que la ciencia y el conocimiento sólo pertenecieron a sociedades y naciones modernas y civilizadas, siempre occidentales, especialmente europeas. Cuáles sean esas naciones es algo que generaría un largo debate. ¿Cuánto pierde la historia de la ciencia en este intento por bautizar las grandes ideas y acontecimientos de la modernidad?

A poca gente se le escapa que las raíces de la ciencia moderna son mucho más que eso y, por supuesto, mucho más profundas de lo que describe el capítulo dos, titulado «The deep roots of modern science». Estas raíces no son una secuencia de anécdotas, sino el caldo de cultivo de una verdadera revolución, de una sustancial modificación en la forma de pensar y de ver el mundo. En la secuencia de las raíces de la ciencia moderna, Knight guarda una llamativa distancia —no sabemos si por principio o por afinidad— con algunos de los nuevos ingredientes de la historiografía más reciente acerca de la temprana ciencia moderna, como por ejemplo los trabajos sobre epistemología artesanal de Pamela Smith, la cultura práctica estudiada por Pamela O. Long, los trabajos sobre las matemáticas prácticas e instrumentos científicos de Jim Bennett, los estudios de cultura visual vinculados a la historia natural o los recientes estudios sobre la ciencia ibérica, entre muchos otros.

Sin pretender olvidar por completo la contribución de portugueses y españoles a la historia de la Europa moderna —algo que sí hicieron Dear y Shapin, entre muchos otros—, el autor emplea un tono displicente para explicar su verdadera aportación, relegándola a un lugar periférico. De nuevo, esto no es un error, se trata también de una elección. Conviene reconocer que al contrario de lo que estamos acostumbrados a leer en libros sobre ciencia moderna, Knight destaca el lugar que ocuparon figuras como Vasco de Gama, Colón y otros exploradores en los primordios de la ciencia moderna. No obstante, parece insuficiente e incompleto, como si fuera una historia contada a medias. Ya todo el mundo sabe el ambiente católico e incluso de exaltación religiosa en el que se desarrollaron las prácticas científicas de los imperios ibéricos, pero no por ello debemos relegar su actividad científica a meras expediciones oceánicas mal gestionadas y al control —muchas veces atroz— de las nuevas tierras. ¿Dónde están, por ejemplo, las instituciones científicas de Portugal y España que hicieron

posible dar la vuelta al mundo en 1522, representar la esfera de forma rigurosa y normativizar la nueva información geográfica y natural que llegaba desde todos los rincones del globo? ¿Acaso estos eventos nunca formaron parte de la modernidad? No podemos minimizar el impacto que tuvieron los descubrimientos y la expansión, como si se tratase de nuevas e intrascendentes anécdotas llevadas a cabo por países y monarcas dogmáticos, bárbaros e irracionales. Una visión actualizada de la Revolución Científica debe aludir a los trabajos de autores como William Eamon, Jorge Cañizares-Esguerra, Antonio Barrera o María Portuondo, por mencionar sólo a algunos de los más referenciados, pero también de otros especialistas en la materia, como Kapil Raj o Harold Cook, autor este último de un gran libro publicado también por Yale University Press en 2007.

En el capítulo diez, Knight nos habla de la emergencia del mundo natural. El lector no encontrará allí ninguna mención a los naturalistas ibéricos en Oriente y en el Nuevo Mundo. Esto tampoco es un error, ni siquiera una elección, sino toda una declaración de intenciones. Las imágenes del mundo natural asiático y americano que se podían ver en las obras de Francisco Hernández o de García de Orta revolucionaron la Europa moderna tanto como la *Utopía* (1516) de Tomás Moro o la proyección cartográfica de Mercator de 1569. Basta un buen y socorrido ejemplo al que alude el autor. En un artículo de 2001 publicado en la revista *Osiris*, el historiador de la ciencia Juan Pimentel analizó la curiosa similitud que existe entre la portada de la *Instauratio magna* (1620) de Francis Bacon y la portada del *Regimiento de navegación* (1606) del cosmógrafo español Andrés García de Céspedes.

A partir del tercer capítulo, el autor siente una ligera ansiedad por entrar en su terreno, en la vieja arena de la historiografía clásica, en los temas canónicos de la Revolución Científica, como son la emergencia de una nueva filosofía natural, el mundo visto desde el telescopio y la nueva mirada a los cielos, la revolución matemática, la conexión entre el libro de la naturaleza y el libro de Dios, el mundo de la experimentación, las sociedades científicas, la obsesión por la medición o los progresos científicos de la Ilustración. De una u otra forma, esta es una historia ya conocida por todos. En esa línea, en las últimas páginas del libro leemos que la segunda Revolución Científica tuvo lugar en torno a 1789 en el contexto de la Revolución Francesa. Puede que así sea. Pero, ¿qué ocurre con la supuesta primera Revolución Científica? ¿Acaso fue esta primera revolución la que David Knight ha intentado plasmar en este libro? Tal vez sí, pero urge reconocer que esta es tan solo una parte de la historia, sin duda muy seductora.

El título del libro, dosificadamente retórico y metafórico, al igual que la imagen de portada, puede llevarnos rápidamente a engaño o a un malenten-

dido, gran aliado del conocimiento científico. El marketing ha sido una vez más impecable, como siempre. La imagen, procedente de la *Utopía* de Moro y que mantiene cierta semejanza con el llamado mapa de Nuremberg de 1524 —que representa el Golfo de México y la antigua ciudad de Tenochtitlán— nos hace pensar que los escenarios de la ciencia moderna fueron otros de los que no estamos acostumbrados a contemplar. Por su parte, el título también genera en el lector el entusiasmo de leer algo diferente, con nuevos actores. ¿Es esto tan solo un espejismo? El lector sabrá discernir mejor que el autor de esta reseña si la historia de la ciencia moderna ha comenzado ya a navegar por otros mares, por extraños que estos parezcan. ■

**Antonio Sánchez**

[orcid.org/0000-0001-8323-634X](https://orcid.org/0000-0001-8323-634X)

Centro Interuniversitário de História das Ciências e da Tecnologia (CIUHCT)  
Universidade de Lisboa

**Sandra Sáenz-López Pérez. Los mapas de los Beatos. La revelación del mundo en la Edad Media.** Burgos: Siloé; 2014, 347 p. ISBN 978-84-941991-0-3. € 162,28.

Desde que en los años 80 David Woodward y otros especialistas en cartografía histórica insistieron en la interdisciplinariedad necesaria para el desarrollo de la historia de la cartografía y, particularmente, en los vínculos de su disciplina con la historia del arte, el campo ha experimentado una gran transformación (en palabras de R. Talbert y R. W. Unger, *Cartography in Antiquity and the Middle Ages: fresh perspectives, new methods*. Leiden: Brill; 2008). La historia de la cartografía ha ido más allá, superando los planteamientos inspirados por Woodward en muchos aspectos, entre ellos, estableciendo que la disciplina no sólo debe interrelacionarse con la historia del arte, sino con la de la política, la intelectual, y en general con la historia de la cultura en sentido amplio, situando los mapas como productos culturales de períodos y lugares específicos.

En la encrucijada entre los dos principales acercamientos tradicionales a los mapas medievales, el del historiador del arte y el del historiador de la ciencia, específicamente de la cartografía, Sandra Sáenz-López Pérez plantea su estudio sobre los mapas del mundo incluidos en la obra de Beato de Liébana *Comentarios*